

El viento lo dijo

Publicado originalmente en la revista número 32-33 de diciembre de 1994

Manuel Mejía Vallejo

(Colombia, 1923-1998)

Escritor y periodista. Estudios de pintura y escultura en la Fundación de Bellas Artes de Medellín. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Director de la Imprenta Departamental de Antioquia. Desde 1978 dirigió el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Distinguido con varios premios y reconocimientos. Autor de numerosos cuentos, ensayos y novelas.



Resumen

Transcripción de algunas de las más significativas creaciones del trabajo “El viento lo dijo”, que conduce por las honduras del sentido y los sentimientos humanos como los sueños, la memoria, el olvido, el amor, la desilusión, la alegría, el dolor, la soledad, el silencio, la vida y la muerte.

Palabras clave

Poesía, sueños, amor, mujer, trashumancia.

I

El mundo no ha terminado
aunque me vuelva la cara.
Pero si se terminara,
¿quién me quita lo bailado?
Haber sufrido y gozado
es la llama y es la mecha.
Si la cosa ya está hecha
y me colocan el marco,
preguntaría si el arco
no es más veloz que la flecha.

Asoman por los espejos
fantasmas desvanecidos
de rostros y tiempos idos
que andan cerca y andan lejos.
Con sus trampas y manejos
los años van acabando
todo lo que están tocando
en su paso irremediable,
hasta el rostro innumerable
de quienes van regresando.

Tal vez caímos de un sueño
mal soñado y peor vivido,
y solamente el olvido
se acordará de su dueño.
Tal vez vivir es pequeño
encuentro de otro dolor
con sombras en derredor
donde nadie entra ni sale,
porque la vida equivale
a un sueño sin soñador.

Viajaré ya sin pensar
si hay salida o hay llegada,
porque la suerte está echada
para salir o llegar.
Solo habrá con qué cantar
el barro que me elimina
cuando el ánimo se empina
para ver la oscuridad:
estará la eternidad
al cruzar la última esquina.

Aún recuerda mi guitarra
las canciones de otros días,
cuando tras las melodías
iba el corazón de farra.
Si hoy por hoy no se desgarró
cuando la noche la llena,
no es que aparezca serena
sino que al fin aprendió
a esconder, como hago yo,
bajo el silencio la pena.

Tendré una canción tardía
para este amor de retardo,
y el pensamiento que guardo
de otro amor en contravía.
Ni la confianza confía
ni la fe cree en la fe,
pero este amor, ya lo sé,
encontrará su manera
de ser amor en la espera
o esperar lo que ya fue.

Oyendo viejas canciones
entretengo mi letargo.
El viaje fue ruin y amargo
y tiene un fin sin razones.
Morirán todos los sonos
para buscar en la esfera
la canción que nadie oyera
de la pasión abolida:
al fin y al cabo la vida
es una sala de espera.

Llovían cielos nubados
por las selvas de Chocó;
llovía tanto, que yo
tuve los ojos mojados.
En esos tiempos llorados
nunca de llanto se hablaba
aunque la pena sobraba
con tan húmedo rigor,
que no sabía el amor
si llovía o si lloraba.

Gracias, mujer, por quererme
y por dejar que te quiera;
gracias por la primavera
que tu amor vino a traerme.
Cuando el corazón enferme
de nuevo amor distraído,
comprobaré mi latido
que fuiste sola el amor,
y que todo mi dolor
renacerá con tu olvido.

Vendrás un día a mi casa
de vino y pan en la mesa,
y otra forma de tristeza
que ni el olvido acompasa.
El tiempo que todo arrasa
dice la sola palabra
que contra el tiempo me labra
este afán de no andar muerto.
Si mañana estoy despierto
diré a mi puerta que te abra.

Hasta el cielo estaba triste
la tarde de tu partida;
hasta en el agua llovida
comprobé cuánto te fuiste.
Si algún día me trajiste
la ternura y la canción,
en esta nueva evasión
hay algo que no resisto:
si los ojos no lo han visto
se lo sabe el corazón.

II

Arbolito pasajero,
tu sombra hermana me diste
en lo alegre y en lo triste,
arbolito compañero.
Nunca quise ser primero
en contemplar la congoja
que cada invierno despoja
tu flor y tu claridad,
pero toda tu verdad
la he llorado hoja tras hoja.

Tengo el poema cansado
de soportar las esperas;
tengo oscuras las ojeras
de soñar lo inesperado.
Tengo el corazón hastiado

de sondear sangre amarga;
tengo la pena tan larga
que si la tiendo en el mar,
no podrían soportar
los peces tan dura carga.

Llueve el olvido en mi casa
con su llovizna de invierno;
llueven su fantasma eterno
tiempos que el amor arrasa.
Ya el corazón no me abrasa
por más que el dolor atiza.
Llueve su soplo la brisa
que tristes un nombre ausente.
Llueve el olvido inclemente
sobre mi nombre en ceniza.

III

Luna amarilla, partida
en tu mitad desolada,
¡cómo vuelve la mirada
cansada en tu luz herida!
Fatiga inútil de vida
que compartimos los dos
en este silencio atroz
sin Dios que ayude a buscarte:
no encontré en ninguna parte
ser más cansado que Dios.

Estrella de luces juntas
sobre el viento de verano,
me estás hiriendo en tu vano
resplandor de siete puntas.
Estrella que así conjuntas
oro y trigo de otras horas;
estrella fiel que laboras
pacientemente el olvido
para el recuerdo aterido
del amor que en tu luz lloras.

El alma tiene colmillos
de lobos ensangrentados,
tiene heridos los costados
por siete negros cuchillos.
Entre rojos y amarillos
se debaten sus congojas
en la pena que me arrojas;
y aunque parten su canción,
duele más al corazón
la caída de las hojas.

Ya me voy, luna menguante,
más cansado que alma en pena;
si hasta la sombra se llena
de mi olvido trashumante.
Ya me voy, camino errante,
sobre mis pasos cansados
buscando rostros dejados
por el amor y el olvido,
sin entender que se han ido
hasta los rastros marcados.

Todos me dicen que viva
de esta o de otra manera,
todos me dicen que muera
hacia abajo o hacia arriba.
Todos dicen en qué estriba
la brega que yo asumí
desde el día en que nací
para jugarme del todo.
Dejen que viva a mi modo,
nadie morirá por mí.

Mañana andará mi ausencia
por los patios, sin palabra,
buscando la puerta que abra
los aires de mi querencia.
No habrá temor ni presencia
ni rumores escondidos
tras unos rastros huidos,
sino una vasta mirada
todavía enamorada
sobre los pasos perdidos.

El amor se hace recuerdo
de lo que amé sin sentido;
mi vida es ya lo vivido,
mi ganancia lo que pierdo.
Sin embargo, estoy de acuerdo
con la muerte en su reclamo:
si el amor que siempre llamo
trae son de despedida,
está la canción vertida
sobre lo que amé y lo que amo.